

"L'Oeuvre", de Tery a Marcel Deat

A.P.C.F.
SIG. 1.20/1517

Carlos ESPLA

UN telegrama de prensa —de origen alemán— anuncia que el diario francés "L'Oeuvre" vuelve a publicarse en París —ocupada por los nazis— bajo la dirección de Marcel Deat.

Ningún español que haya vivido desterrado en Francia puede leer sin emoción esa noticia, triste como si anunciara la muerte de un amigo o su traición, que es muerte de la amistad.

"L'Oeuvre" era, para los republicanos españoles, un viejo amigo de los tiempos difíciles. Por ello, no parecerá inoportuno su recuerdo en nuestra ESPAÑA REPUBLICANA. No nos faltó la amistad de "L'Oeuvre" en los días esperanzadores que precedieron a la proclamación de la República: días de lucha y destierro en los que "L'Oeuvre" nos prestó el servicio inapreciable de su defensa y solidaridad. Se mantuvo fiel a esa amistad al establecerse la República en España, a la que ayudó con sus consejos leales, tratando de apartarla de aventuras y extremismos. Sirvió generosamente la causa republicana española cuando la traición amenazó al régimen. Y, perdida la República, tendió la mano leal a los republicanos emigrados.

El último artículo de Marcelino Domingo, escrito en el destierro pocos días antes de su muerte, se publicó en "L'Oeuvre". Hasta hace unos meses, un centenar de niños españoles, huérfanos de combatientes republicanos, tuvieron en un castillo señorial de la vega del Ródano, cerca de Lyon, hogar y escuela, pan y afecto, que les ofrecieron los lectores de "L'Oeuvre", conmovidos por un noble llamamiento que desde las columnas del diario les dirigiera Geneviève Tabouis.

El recuerdo de "L'Oeuvre" va unido, pues, al de nuestras luchas; su amistad al de nuestras desdichas; su ayuda al de nuestro exilio.

Todo eso fué para nosotros "L'Oeuvre" libre, dirigido, primero, por su fundador Gustave Tery y, más tarde, por Jean Piot, que le sucedió. Todo eso dejó de ser para nosotros "L'Oeuvre" sumiso, sometido a las tropas de ocupación y dirigido por Marcel Deat.

Gustave Tery era un profesor universitario que puso cátedra de liberalismo en las columnas de "L'Oeuvre". Tenía un estilo periodístico claro, directo, breve, clásico. Su pluma encontraba siempre, ágil y certadamente, el nervio del asunto. Supo redactar de un equipo magnífico, que hizo de "L'Oeuvre" el diario más vivo y espiritual de París. Cuando anunció la aparición del diario llenó París de pasquines: "Los imbéciles no leerán "L'Oeuvre". No fué, en efecto, un periódico para imbéciles solemnes, impermeables a la ironía, que era el arma periodística de Tery.

Con él compartía la dirección espiritual del periódico Robert de Jouvenel. Jouvenel el Bueno, para distinguirlo de su hermano el ministro y de algunos de sus sobrinos.

Jouvenel el Bueno ha sido uno de los espíritus más finos y mordaces del periodismo francés. Su "Republique des camarades", es una sátira profunda y aleccionadora. Acaso sea, en su desdicha actual, la lectura melancólica de algún político francés perseguido...

Georges de La Fouchardière ilustra diariamente las páginas de "L'Oeuvre" con sus crónicas volterianas, irreverentes y demoleadoras. Disparaba sobre los "grandes de la tierra" sus ramblas geniales, como pelotas del "pum-pam-pum". Uno de sus blancos favoritos fué el Alfonso XIII de Deauville, "vedette" de balneario, contratada por Comuché para atracción de turistas.

Henri Barde, mi compañero inolvidable, era el redactor diplomático de "L'Oeuvre" y des-

tacaba en una nota breve y concisa, esencia de buen periodismo, el acontecimiento del día en el mundo. Barde en la prensa de izquierda y "Perlimax" en la de derecha han sido las mejores plumas de Francia consagradas a la crónica internacional.

Geneviève Tabouis sucedió a Barde en esa tarea diaria, con aciertos que tuvieron resonancia en todo el mundo. Geneviève Tabouis continúa hoy su labor desde Nueva York, desterrada de Francia.

Pierre Bernard, Alexandre Zavares, Edmond See, André Billy, Nocher, André Bayet, Robert Dieudonné y tantos otros daban a las páginas de "L'Oeuvre" una espléndida riqueza de ideas, de comentarios agudos y ágiles, de glosas a la actualidad viva y nerviosa.

La redacción de "L'Oeuvre", en la rue de Louis-le-Grand, cerca de la ópera, no tenía esa frialdad burocrática que dan a las casas de los modernos rativos aspecto de oficina bancaria. Tenía un ambiente bohemio, simpático, acogedor, como una redacción madrileña. No se sabía allí lo que era la "organización moderna del trabajo", estandarizado, taylorizado, como si los periodistas fuesen piezas de producción en una cadena industrial para fabricar artículos y reportajes en serie. Había en aquella redacción un cierto desorden, necesario para las obras del espíritu, una punta de gracia, de juventud y de vida. Algunas noches la cuartilla más intencionada, la "manchette" más mordaz llegaba a las cajas desde el "bistro" de la esquina, el famoso "Cadran", célebre entre los periodistas noctámbulos de París.

Cuando las tropas de Hitler ocuparon París, la redacción de "L'Oeuvre" se dispersó. Piot y alguno de sus colaboradores han publicado el periódico en Vichy o en algún otro lugar de la Francia todavía no ocupada, pero ya amordazada. Ahora vuelve a publicarse en París, bajo la dirección de Marcel Deat, el mungués, discípulo del "nacional-socialismo", recluta del "nacional-socialismo".

Marcel Deat era un joven circospecto y ambicioso que militaba en las filas del socialismo francés. Cuando, en 1934, ante la intransigencia doctrinaria de Paul Faure, se inició en el seno del partido la tendencia colaboracionista con los radicales para la defensa de la democracia, Deat, con Marquet Prot y Frossard, siguió la orientación de Renandiel, Compère-Morel y Boncour, hombres de generoso aliento y de recta intención. Así nació un movimiento noblemente inspirado, pero que pronto desvirtuaron los ambiciosos e intrigantes. Marcel Deat aconsejó el reconocimiento de Franco mucho antes de que la República fuese derrotada militarmente. Marcel Deat fué uno de los mamporreros periodísticos de Munich. Marcel Deat escribió, en visperas de la guerra, aquel infame artículo, que será ahora su orgullo de profeta de la indignidad, titulado: "Mourir pour Dantzig?".

Ahora es uno de los edecanos de Laval, en sus andanzas parisienses con Brénon y Albéa. El otro edecán es Gaston Bergery, criatura política de Caillass. Detrás de ellos el cacasénico coronel La Roque, conde Castimiro, y el ex comunista Darlot, el antiguo aliado de Abd-el-Krim, y la chusma de viejas "donariéres" y de pensionados de la propaganda nazi.

"L'Oeuvre" de Gustave Tery, al servicio de la República, se convierte, bajo la dirección de Marcel Deat, en "L'Oeuvre" al servicio de Hitler. Esto quiere decir que "L'Oeuvre" no sigue; que se interrumpe la obra. "L'Oeuvre" va a ser ahora un periódico para imbéciles.

Estado Rep. 1 de
P.S. P.S.